

Sergio Caracciolo

"Y mientras la madre, que no se había descompuesto pero casi, seguía pensando y sufriendo, prendiendo otra vez las hornallas, esperando que vuelva a hervir el agua, que se vuelva a formar el vapor, y con él las gotas, revolviendo el estofado y retorciendo el delantal, apretándolo con bronca, con impotencia, mirando por la ventana al jardín, ahora sin gorriones a la vista, ni panaderos voladores, ni más deseo que ver volver a Elena, su Elenita, su hija que, ahora sí, se meía de lleno, finalmente, después de tantas peripecias, de convencer al taxista con su sonrisa, su gracia, su juventud, pues no había creído ninguna de sus mentiras, en el corazón de una nutrida columna de estudiantes que empezaban a marchar tras los obreros, como los hijos pequeños que se cuelgan del pantalón de sus padres, y los fironean pero los siguen, parecen querer frenarlos pero no, y cantaban, unos y otros, y todos juntos... *Se siente, se siente, se siente en cada calle, estamos bien unidos, los obreros y estudiantes...*"

Una novela que intenta poner en discusión los momentos más importantes del movimiento obrero, desde el 17 de octubre hasta el bombardeo del 55, desde el Cordobazo hasta la dictadura militar genocida, una historia pendular en la que la lucha y la muerte, el esplendor y el abismo parecen disputarse al protagonista principal de la novela: la clase trabajadora. **Agosto en la piel** es la historia de una búsqueda constante y de un reencuentro a destiempo: el de una abuela y su nieta, apropiada por los militares.



B612 Ediciones
www.B612ediciones.com.ar

ISBN 978-987-25465-4-0



9 789872 546540

Sergio Caracciolo



B612 Ediciones

SERGIO CARACCILO

AGOSTO EN LA PIEL

(una historia pendular)

SERGIO CARACCILO

AGOSTO EN LA PIEL

(una historia pendular)

B612 Ediciones

Caracciolo, Sergio Ariel

Agosto en la piel : una historia pendular . - 1ª ed. - Buenos Aires : B612 Ediciones, 2010.

208 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-25465-4-0

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

A las Lunas de mis noches

Dibujo de tapa: Haydeé Serafini

ISBN 978-987-25465-4-0

© 2009, Sergio Ariel Caracciolo

© B612 Ediciones / www.B612ediciones.com.ar

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

IMPRESO EN ARGENTINA

Este libro se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Imprenta Dorrego, Av. Dorrego 1102, Capital Federal, Buenos Aires, Argentina. Noviembre 2010.

*La noche va desandando
con su muerte lenta
el camino del sol...*

Rally Barrionuevo

A MODO DE PRÓLOGO, PRESENTACIÓN O ADVERTENCIA

Cuando lo conocí a Caracciolo parecía un ser inescrutable, hermético, imbuido en algo que, a juzgar por su cara, debía ser trágico, dramático, irreparable; como cada vez que estaba en proceso de escribir algo, como casi siempre, supe y confirmé después. Casi no hablaba, y si hablaba no se entendía exactamente de qué, ni a quién, ni por qué. Lo hubiese tildado de loco, inmediatamente, un alienado sin causa, una causa perdida, si no me hubiesen advertido de su terca racionalidad, de su lógica empedernida, de su crónica gastritis.

“Prefiero escuchar”, me dijo de entrada. En un mundo en el que todos se matan por imponer su voz, el tipo prefería escuchar. Tiene que estar *piantao, piantao, piantao, no ves que va la luna rodando por...*, pensé, con letra de Ferrer y música de Piazzola, tratando de imponer la constatación empírica de Caracciolo por sobre los antecedentes que había podido recabar antes de arribarlo. Hice mentalmente un listado de sus características.

No fuma, casi no bebe, no tiene adicciones, es un hombre fiel, profesional, delegado. “*Primero la mente, si no la fuerza, de última la cábala, cualquier cosa antes que caer en la desesperación.*”, confesó. Se hizo su casa. “*La albañilería es el trabajo más noble que conozco.*” Tiene dos hijas. “*Para varón estoy yo.*” Conserva una fijación por la luna que parece regodearse en la cursilería. “*En ese terreno no se meta.*” Le gusta el heavy metal, pero también la cumbia, el folclore y el tango; admira a los perros, pero se lleva

mal con el suyo; no le gustan los gatos, pero se encariñó con los de su mujer. “*De contradicciones se vive, Desova.*” Es un autodidacta a ultranza. “*Eso empezó con la masturbación*”, me confesó cuando le toqué el tema (por favor que esto no se malentienda). Es hinchado de Banfield. ¡Hinchado de Banfield! “*De cuando las malas eran pésimas.*” Confiesa haberse peleado con todos sus amigos. “*Una amistad sin trompadas es una amistad impura.*” Le pedí una definición política. “*Nací en una cuna peronista, pero me la agarró un turco riojano y la prendió fuego, con la pieza, con la casa, hasta con el barrio. Soy un tipo capicúa. Pateo con la zurda, escribo con la derecha y ya ve cómo pienso...*”

Creo que ahí me hizo creer que podía ser el hombre indicado, que podía llegar a ser el elegido. De todas maneras sus desequilibrios y sus contradicciones me hacían dudar. “*Caracciolo, volveremos a vernos*”, le dije en tono amenazante y le planté un par de ideas. Ni siquiera me contestó, agarraba con una mano los dedos de la otra por encima de su cabeza y hacía un ruido gutural que parecía aislarlo del mundo.

La segunda vez que lo visité le pregunté por qué escribía. Me miró con odio, con un resentimiento sin historia, con un desprecio irreconciliable. “*Usted ya sabe, Desova, no me joda.*” Y parecía enmudecer, pero continuó. “*Algunos hablan, yo escribo. Algunos juegan, yo escribo. Algunos piensan, yo escribo. Algunos se pasan horas y horas con el teléfono en la mano, yo escribo. Algunos usan microondas, yo escribo. Algunos rezan, yo escribo. Algunos viven para su trabajo, yo escribo. Algunos preguntan boludeces, yo escribo. La vida es sexo, mate y escritura.*”

“*¿Y la droga? ¿Y el rock ‘n roll?*”, le pregunté como en un reflejo, pero él ni se enteró. “*¿Y qué escribe?*”, traté de continuar para sacarlo del trance, superar su indiferencia, salir de aquel atolladero en el que me había metido.

“*Cuentos, poemas, notas, monosílabos. Ahora una novela.*

Agosto en la piel.”, dijo bajando la voz, como escuchando el eco de aquel título.

“*¿Qué título de mierda!*”, no pude evitar decirle con un resentimiento que golpeó contra la puerta que se cerraba en mis narices. Estaba decidido a buscar otro autor pero algo de Caracciolo me obligaba a volver, un dejo de masoquismo me llevó a la tercera y última visita. Aquel día estaba más osco y agresivo que nunca. Olía a orín y una transpiración seca y añeja había endurecido visiblemente su camisa.

“*¿Otra vez usted! ¿Qué carajo quiere?*”, me recibió.

“*Saber si quiere ser un escritor de verdad*”, le respondí con la intención de herirlo, con la certeza de que volvería el golpe, de que sería nuestro último intercambio. La verdad es que ni siquiera se inmutó.

“*Mire, querer es poder, poder implica no tener y no tener me convierte en un miserable, y sí, me gustaría dejar de sentirme un miserable. Algún día. Alguna vez. ¿A quién no?*”

Ahí me convenció. Agosto iba con Caracciolo y ambos en el libro, y el libro en dos manos que bien pueden ser las suyas. ¡Buen viaje!

Manuel Desova

I

*No comiste del loto del olvido
–el homérico privilegio de los dioses–,
Porque sabías ya que quien olvida se convierte en objeto inanimado
–nada más que en resaca o en resto a la deriva–
Al antojo del caprichoso mar de otras memorias.
Y así escarbaste un día en tu depósito de sombras congeladas
y volviste a anudar con tiernos ligamentos huevecitos dispersos,
tejidos enamorados del sabor de la lluvia,
vísceras dulces como colmenas sobrenaturales para la abeja reina,
dientes que fueron lobos en las estepas de la luna,
garras que fueron tigres en la profunda selva embalsamada.
Y lo envolviste todo en ese saco de carbón constelado
que arrojaste hacia aquí, como hacia un tren en marcha,
y que en algún lugar dejó un agujero por el que te aspiran
y al que debes volver.*

Olga Orozco (de *Cantos a Berenice*)

Madrugué, iba a decir y me di cuenta de que no, que sí pero no. Qué bueno sería iniciar esta historia con una mentira, que para eso ya habrá tiempo si existe un lugar preciso, que para madrugar es necesario despertarse y para despertarse primero dormir,

ergo, no madrugué, ergo, no miento, ergo, el lugar preciso aún no existe, o me resulta inalcanzable, y no hay tiempo, no podía haberlo pues no dormí, y cuando una no duerme el tiempo es una bomba que no deja de estallar, un frío persistente, una helada que crece, que invade, una peregrinación interminable hacia la obsesión escurridiza del horizonte, no dormí en toda la noche, no pude conciliar el sueño, maniatarlo, ajustarlo a mis conveniencias ni siquiera un minuto, ni entrar en ese estado de ensoñación, de puntos suspensivos, de comillas abiertas, digresión del insomnio, conscientemente despierta pero grogui, despierta pero bajo el agua, aturdida por la presión de la profundidad, no, los ojos rígidos apuntando al techo, absurdos como los dos huevos de las roscas de reyes tradicionales, mirando el ventilador como quien va a salirse de la cara, saltar del puente, freírse en su propio aceite, inmóvil, inútil, al menos en esta época, una forma de sentirme, la cabeza hirviendo como si estuviese debajo de las frazadas, dos, pero de adentro hacia afuera, volcán activo que espera entrar en erupción, sacar la lava ardiente cuando ya no puede tolerarla más dentro, esa flema hirviendo en la garganta de la tierra, después de años, de siglos, una necesidad imperiosa de desnudarme, bañarme y quedarme desnuda en la pieza, descubierta al costado de la cama, a merced de las ráfagas de aire frío que históricamente filtran por la ventana; aire, necesitaba aire, un aire que ventilara las preguntas y las respuestas que se mezclaban, intercalaban, superponían, y así, en la plenitud anárquica de la inteligencia, bailaban y me hacían bailar, dialogaban, monologaban para tratar de poner un orden a mis ideas, a mi historia, a mi vida.

El despertador me puso en acción, digámoslo así, me sacó de la cama, me llevó a la cocina, donde puse a calentar el agua, desde donde pude espiar por el postigo de la puerta que el día se presentaba morado, mojado, molesto como la noche, y seguí pensando, dudando, decidiendo. ¿Toco la albahaca propiciatoria,

la infalible albahaca, me cargo con su fuerza, su energía, su aroma revolucionario? ¿O acaricio la ruda protectora, guardiana de todos mis miedos, me galvanizo contra el dolor, me calzo su coraza repelente, su identidad inconfundible, su personalidad inquebrantable? ¿O mejor tomo del burro ermitaño, compañero de mis días de soledad, endurecedor de mis mates de la tarde y de mis flaqueos nocturnos, piedra negra en el zapato de la depresión, conductor de rebeldía? ¿O me impregno con la menta de la esperanza, una alegría que se propaga, invasora, omnipresente, su optimismo a ultranza, su conformista corazón? ¿O me quedo con la lavanda tierna, cofre de mis amores, de la ternura, de la pasión? ¿O me llevo un jazmín...?

Tomé mi té, dejé la taza en la pileta y salí al fondo para tocar la albahaca, la ruda y la albahaca otra vez, llevándome el aroma de sus hojas hasta la cara, alzándola con las dos manos, impregnándome de ella, sintiendo que mis dedos se convertían en su raíz, mi cuerpo en su tierra fértil, su hogar, la planta y yo en un solo ser que huele a albahaca, se mueve como albahaca y crece como la albahaca, de cuerpo esmirriado, mutilado, débil, pero erguida, estoica, potente. Si es verdad que el amor puede reconocerse con el olfato, el hombre de mi vida debería oler a albahaca. Difícil, el amor es difícil. ¿Manuel huele a albahaca? ¿Es el hombre de mi vida? No era el día para hacerme esos planteos, así que corté una hoja, la puse en el bolsillo de mi campera y, cuando quise poner en foco el presente, me encontré a punto de cruzar la plaza, preguntándome qué mes era.

¿Qué mes era? ¿Decirme agosto no me bastaba? Pues tal vez, sí, porque hay meses y meses, hay meses que son efímeros como un suspiro, meses como días u horas, un soplo en la oreja, apenas instantes insignificantes, si es que puede concebirse como insignificante algún instante de la vida, en presente tal vez, momentos de ocio, de aburrimiento, pero retrospectivamente no, el espejo

retrovisor parece una lupa que aumenta la significación, pone sentido ahí donde no lo había, convierte en causa, pone en valor, hace de cada segundo un engranaje que tracciona nuestra vida, aunque no lo notemos sino después, con el tiempo y la reflexión, y el golpearse la cabeza, una y otra vez, con la misma roca, aunque nos parezca que no hacemos, durante esos meses, otra cosa más que dejarnos llevar por la corriente del destino, haciendo la plancha en un mar calmo de un océano verde, mientras hay otros, otros océanos, otros mares, otros meses, meses que pueden ser estaciones completas o pellizcos de la naturaleza, cuando florece el naranjo, cuando salen las brevas, meses, que son como años, como siglos, como el resumen de una vida, meses que son como un estigma, una concatenación de sucesos trascendentales, meses que uno espera con ansiedad, con intriga y, sobre todo, con temor, meses como cicatrices, como pinchazos de tatuador que dolerán más o menos pero dejarán indefectiblemente su marca, su huella, su símbolo, como mojones que uno sabe en el camino y los espera, los presiente, los cuenta y descuenta, los colecciona, los abraza hasta quemarse, meses que, al menos en lo transcurrido de mi vida, porque puede cambiar –nadie dice que no– es raro pero puede suceder, eran agostos, que cada uno tendrá el suyo, con su justificación, con su decálogo personal, con su índice y prospecto, pero el mío es agosto, ni la higuera, ni el naranjo, ni el otoño o la primer helada, agosto, decirme “agosto” bastaba, decir agosto era decir el mes del primer desengaño, esa puñalada que una lleva toda la vida, tratando de esconderla, ocultarla, escamotearla a la vista de los hombres, debajo del pulóver, entre la axila y el pecho, tratando de achicarla, apretarla, reducirla hasta convertirla en una verruga, un lunar molesto y diminuto, una huella más; decir agosto era señalar el mes de las muertes ancestrales y provenientes, los abuelos, mamá... Carla y papá... Héctor, y la imagen de los dos en la cama estéril, serenos como nunca, como si al fin hubiesen

sido capaces de tener un sueño juntos, unidos por la sangre de un suicidio ganancial, ejecutado por la cabeza de la familia, en el día de su cumpleaños, una forma última e irrefutable de imponer su autoridad, su agosto definitivo, sin cuestionamientos, sin planteos ni desplantes, sin ironías ni retruques; decir agosto era traer el embarazo que no fue, la ilusión que se truncó, como todo en mi vida, desde el primer agosto iniciático, desde el agosto del robo, la suplantación, la apropiación, el agosto de los agostos.

Agosto, era agosto. ¿Pero era agosto o era yo? La mal nacida, la que había arruinado el calendario, la que debió llamarse Augusta y no Nadia o Libertad. ¿Qué mes era yo para los demás? ¿Qué había significado para mis padres? ¿No era también un agosto, todo un agosto? Evidente. ¿Cómo negarlo? Un agosto extranjero, un agosto de perro a la intemperie, de cría apropiada apenas superado el destete, un agosto de lluvia ácida, de falsas reivindicaciones, de botines de guerra incapaces de dignificar un solo paso, un solo peso, un solo pensar en un agosto distinto y, sin embargo, era también agosto el mes de Manuel, porque siempre hay una excepción que confirma la regla o algo que aún se puede perder, un julio conductor que nos lleva hacia agosto y un septiembre en escabeche que conserva sus resabios, su gusto, su sabor inconfundible.

Acaricé con la vista los pañuelos que rodean la pirámide, esa ronda blanca omnipresente, los mismos que tantas veces había pisado con indiferencia para ir al trabajo, apurada, o volver del trabajo, siempre apurada, distraída o abstraída, eran los mismos pañuelos, pintados y repintados con el empeñamiento propio de la necesidad de justicia, con el afán único de la verdad, una verdad conocida, pero oficial y oficiosamente negada, tergiversada, infamada, los repasé con mis propios anhelos, completé sus pinturas con mis propias necesidades, quise ver en ellos el reflejo de un cielo celeste apenas salpicado por las manchas blancas de unas cuantas nubes, eran las mismas nubes, pero ahora cobraban otra dimensión,

tomaban otra forma, se me acercaba por primera vez su significado, su carga eléctrica y emotiva, en toda su magnitud, doblaba al fin la curva que me ponía de frente a la montaña, al lago, a esa geografía de la historia que nos ha estado vedada, consecuentemente, sepultada, con suma hipocresía, sacrificada, con total impunidad, logré verlos, por fin, de forma completa, erguidos, estoicos y potentes, como la albahaca, y temí pisarlos, los esquivé zigzagueando en forma absurda, cuidando de posar mis pies sólo en las baldosas rojas, pared horizontal exaltada por el grafiti, libro de mil hojas, sabedor como ninguno, de la historia de un pueblo.

“*¡Si esas baldosas hablaran!*”, grité contra las ráfagas que arreciaban desde el río, cualquiera que me viese o me escuchase pensaría que estaba loca, o ebria, después de todo, que la sociedad hubiese aprendido a no ver lo que pasa por delante de sus narices, a hacerse la sorda ante los aullidos que repican en sus oídos, tenía finalmente una ventaja, mínima y egoísta, igualmente una vergüenza me seguía y a la vez me iluminaba, reconocía mi propia ceguera pero me declaraba vidente, desde este momento, desde aquí y ahora, desde la pirámide y los pañuelos, desde la plaza y la historia. Me acordé de la mujer del médico del *Ensayo...* de Saramago y me sentí erguida, estoica, potente, una heroína, la mujer capaz de salvar al mundo desde su solidaridad, repartiendo sus hojas verdes de aroma dulce, a partir de su propio sacrificio, una para todos y una para cada uno. Sentí el impacto de la conciencia, sentí que ya no iba a poder pasar mis pies por encima de aquella dignidad, no como lo había hecho hasta hoy, no de esa manera, no con la excusa de la ignorancia calzada en los pies, no inocentemente.

Lloviznaba, era una mañana fría, el cielo, gris, parecía al alcance de la mano, pero no tenía sentido, era tormenta, siempre que uno cree tener el cielo a la mano percibe el refulgir de los relámpagos en el rabillo del ojo, escucha un rumor lejano de truenos a su espalda, huele la tierra húmeda que se acerca y crece, y es tormenta.

¿Cuándo entenderemos que no es el cielo sino el sol quien calienta nuestras almas, que el cielo no es más que una ilusión óptica y el sol un fuego ardiente de vida, que de nada vale un cielo sin sol, que no se puede hablar de cielo si no hay más que un montón de nubes grises, cargadas, negras, de agua, sucias, de lágrimas?

No cabían dudas, era un agosto típico, la plaza estaba vacía, es decir, había decenas de personas que la cruzaban, en uno y otro sentido, pero nadie en el sentido de la plaza, nadie que se encontrara sentado en los bancos, las piernas cruzadas, o abiertas, la gorra en la mano, mirando las cúpulas centenarias, los sordos campanarios, las palmeras añejas, desarraigadas, nadie que tomara mate en el pasto gastado a la sombra de las ramas desnudas de los plátanos, nadie en manifestación de protesta, ni con pancartas reclamantes, no había bombos ni megáfonos, ni turistas, ni fotos, ni ofertas de mates, de banderas, de cueros, de suvenires, tan solo un ir y venir frenético y predecible, una marcha a paso forzado de gente autista, ni siquiera las palomas planeaban provocadoras sobre las cabezas de los transeúntes, apenas las más hambrientas desafiaban la débil cortina de agua, buscando algo para comer, como todos los que pasaban por aquel sitio, como yo cualquier otro día, un sustento que hoy no sería maíz ni salario, porque hoy, precisa y excepcionalmente, buscaba otra cosa, iba al encuentro de otra cosa, de otra verdad, de la verdad, después de todo mi maíz, mi sal, mi sustento también. Me sentía como un bebé que, caminando torpe y confundido, las rodillas inestables, el cuerpo tambaleante, se dirige diligente hacia la sala de partos, a ver cómo es que ha llegado al mundo, cómo ha nacido, si lo trajeron, si lo ayudaron, si lo expulsaron o lo contuvieron, si tuvo un primer provecho o fue un mar que vomita su propia sangre.

Un hombre bajo me golpeó con su paraguas negro y raquítico, era agosto, un agosto agresivo e indiferente, un agosto que pretendía calarme una vez más, como acostumbraba hacerlo, comerme

de a poco, abrir la piel, desgarrar la carne y profundizar el corte hasta llegar al hueso, hincando sus colmillos, lenta, cruelmente, era el agosto de las cirugías, el de las grandes depresiones. ¿Cómo había logrado Manuel conquistarme justamente en un agosto era un misterio que conocía de memoria, aunque no lograba terminar de entender, de explicar, de concebir? El día era peor que el de hoy, la lluvia arreciaba y el viento ponía a prueba la calidad de aquellas piraguas invertidas deseosas de acatar los designios del viento y volver a su posición natural, estaba húmeda, empapada y fría, congelada, él me alcanzó en un semáforo y se puso a mi lado con su enorme paraguas de colores, verde, amarillo, rojo, ridículo, estridente. *“Te acompaño hasta tu trabajo salvo que te apasione la gripe. Mi nombre es Manuel...”* ¿Cómo fue que ese agosto no lo ignoré? ¿Cómo no preferí empaparme, enfriarme, enfermarme? ¿Cómo fue que ese agosto eludió al carajo? ¿En qué estaba pensando? ¿Sufrí acaso un síndrome de primavera prematura? Esa idea me gustó y me la puse en el bolsillo, junto con la albahaca, para que se quede un ratito con nosotros, para que se repita, para que me acompañe al menos hasta llegar a la boca de la diagonal, hasta insertarme en el pasillo amplio de los edificios altos. Una mujer pisó un pequeño charco y llegó a salpicarme el jean y el borde de la campera, era agosto.

Sí, era agosto, un agosto inconfundible, pero solo en la piel, poblada de pecas, lunares y verrugas de agosto, pero un agosto marcado con la luz milagrosa de las grandes excepciones, el cuerpo estaba convulsionado, el sol lo llevaba dentro y no había nubes ni cortinas de agua que pudiesen llegar hasta él, opacarlo, era el sol de enero y éste el cielo de diciembre, era el sol de febrero y su calor lo que llevaba dentro, conmigo en el pecho y desde el pecho hacia la plaza, hacia la tierra, hacia el universo, hacia un cielo desconocido pero ameno, los colores de noviembre giraban en mi cabeza, paleta del tiempo que iba de pasado impostado a presente, de rosa viejo

a un color aún no definido, a pasado real, negro brillante, y a un futuro nuevo, verde, sí, verde, era primavera en mi cuerpo, verano en mi alma, agosto solo en la piel. Lo mismo debió pasarme con Manuel, pensé y enseguida me di cuenta del absurdo, que esto era distinto, que esto era mucho más que una primavera prematura, que esto era algo que no le ocurría a nadie, una estación nueva, o a casi nadie, el revés de un agosto, que esto era algo que ni siquiera debió haberme ocurrido a mí, un *otsoga*, que el amor era otra cosa, aunque el amor también fuese el motor de esta historia, una historia que empezaba, que renacía, que resucitaba, definitivamente se podía cambiar el futuro, las utopías de alguna forma se concretan, los sueños pueden hacerse realidad y las pesadillas mueren al abrir los ojos, los agostos algún día dejan de serlo y esa mañana era la prueba más contundente que podía uno toparse y eso iba más allá de las planificaciones, de los anhelos y de la fuerza de voluntad. Cambia, todo cambia, aún lo que no debiera cambiar, la verdad puede ser revisada, la historia puesta en duda, de repente aparece Eva y nos dice que ella no dio a probar ninguna manzana, y atrás Adán confiesa que a él no le falta ni una sola costilla y el mundo sigue, pero debemos rehacerlo, construir, reconstruir el castillo de nuestra identidad, ladrillo por ladrillo, para saber qué fuimos, qué somos y qué seremos, qué ha de ser de los agostos venideros.

Puse la mano en el bolsillo, toqué la albahaca, olí mis dedos e ingresé al edificio, temblando, sonriendo, llorando, sola, sin amigos, sin familiares, sin amor, sin querer a nadie de mi vida compartiendo conmigo ese momento, sentía que podían infectarlo, que podían mancillarlo, que no tenían derecho, que de alguna manera todos eran cómplices o, en el mejor de los casos, seres inocentes pero impostados, relaciones inevitablemente falsas, inclusive la de Manuel, partes de una realidad que nunca debió existir, un juego de rol que pretende negar su fin, su ficción, una realidad virtual que se quiere mezclar con la verdad, y esto era vida, contante y sonante,

realidad de carne y hueso, dolorosa pero cierta, con un principio, un fin y, sobre todo un porqué, no había forma de comprobarlo, pero sentía que jamás debía haberme cruzado con ninguno de mis seres queridos, conocidos, ni siquiera con Manuel, aunque quisiera salvarlo, aunque me guste pensar, de vez en cuando, que por ahí sí, por ahí hubiese ido al mismo jardín de infantes, a la misma primaria, al mismo colegio y a la misma facultad, con los mismos compañeros y amigos, o con otros, que en definitiva serían los mismos, iniciarme en el mismo trabajo y seguir en otros, hasta cruzar, bajo la misma lluvia del mismo agosto y sin paraguas, los ojos sinceros de Manuel.

Todo era muy confuso y perturbador, una vida en dos planos irreconciliables, una vida que se desdobra, se desgarrar, sangra y no muere, pero siente que agoniza en su angustia, y con esa carga, con esa confusión y esa perturbación iba, como al encuentro del oráculo que respondería todas las preguntas, las que tenía preparadas, catalogadas de memoria de tanto repetírmelas, las que me zumbaban en el oído como mosquitos amenazantes y las que fuesen surgiendo de mi nueva vida, de mi vida real aún sin estrenar, sin conocer, sin develar. Imagínense nacer otra vez, en otra familia, con otra historia, con años y años de gestación en una panza llena de mentiras, con una placenta vieja de culpas, flotando en el líquido amniótico de las más viles corrupciones. Una confusión y una perturbación que estaban a punto de ser vencidas.

Me recibieron con una calidez que no podía abarcar con mi entendimiento, que no caben en una cabeza, que necesitan del corazón para ser recibidas, con una dulzura de esas que solo pueden construirse con años y años de amistad, de compañerismo, de convivencia, de lucha, como dirían ellas. Todas las mujeres que se encontraban en aquella sala actuaban como perfectas abuelas, las caricias, las palabras, los gestos, eran de abuelas y eran lo que eran, aunque a muchas les faltase práctica, estreno, debut de abue-

las flamantes, primerizas, noveles y se sintiesen torpes, tan torpes como me sentía yo reestrenando mi papel de nieta.

Me miraban, seguramente comparándome con la nieta que se habían imaginado durante tantos años, con la imagen de mis padres, mezclando los ojos de uno con la boca del otro, la sonrisa eterna de aquella foto entrañable con el pelo revuelto de aquella otra. ¿Qué tan diferente sería? ¿Cómo había sido crecer en su imaginación? ¿Hasta qué punto no esperaban a un bebé que las redimiera de la amputación del tiempo perdido? ¿Cabía acaso la posibilidad de estarlas desilusionando? “¡No, no creo!” me dije y me ofrecieron un mate, bizcochos, un pañuelo, todo lo que estaba a su alcance, todo lo que uno es capaz de ofrecer cuando quiere propiciar una relación fuerte, duradera, sincera.

“¡Rosa ya viene!” me informaron tratando de calmar la ansiedad que se espesaba en el aire, la mía y la de ellas, una sopa que nos iba poniendo rígidas a todas, a pesar del deseo compartido de agradar, de darse a conocer y de sentirse parte, el tesoro de pertenecer a un mismo grupo, un tesoro que necesitaba de la llave Rosa para abrirse, para poder mostrarse y repartirse, pero Rosa seguramente estaba llorando en otro cuarto, tratando de componer su rostro, seguro que sentía, como yo, una piedra en la boca del estómago y unas ganas de llorar hasta secarse, llorar hasta confundirse con la lluvia, llorar hasta empezar de cero nuevamente, llorar hasta mimetizarse con agosto, confundir a agosto, reeditar agosto.

“¡No sabés cuánto esperé este momento!” dijo ella con un llanto dulce, una catarata, la desembocadura de un cauce profundo, extendido, añejo, un *Paraná* que se abre paso entre la selva misionera, arrastrando todo lo que no está firmemente arraigado, limpiando su cuerpo, un *Mendoza* que surca entre las piedras cuyanas, afirmando su paso con la pureza del deshielo. Pero yo sí sabía, sabía exactamente los años que llevaba esperando, podía imaginarla día tras día, horas sobre horas, su espera era mi ig-

norancia, una ignorancia que tenía el tamaño de mi propia vida, una ignorancia tan adulta como su espera, no precisamente una espera, una espera es quietud, cuanto mucho ilusión, y no había existido un solo día de pasividad en esa, su espera, en realidad una búsqueda, activa como la esperanza. ¿¡Cómo no iba a saber!?! Uno sabe aunque no entienda, le va dando sentido a su conocimiento a fuerza de atar cabitos, de coleccionar experiencias, de ir armando un rompecabezas inacabable que nos dice quiénes somos y qué sabemos. ¿No sabía? ¿Acaso no sospechaba? No, no sabía, pero sí, sí sospechaba. Sí tenía esa sensación molesta de nunca cuadrar en mi propia historia, de no pertenecer a mi propia vida, de no estar creciendo dentro de mi propia naturaleza, como esos yuyos esbeltos que salen de las grietas de las casas de adobe, como las aguavivas en la arena, esperando la crecida, palpitando una muerte que no les es propia, como cuando uno le echa sal a una babosa, o aceite al hormiguero. Siempre sospechaba, aunque no tuviese claro por qué, pero ahora sabía, sabía quién era, de dónde venía, cómo había llegado y por qué sospechaba.

Creo que yo también podía haberle dicho: “*¡No sabés cuánto esperé este momento!*”, aunque la mía sí había resultado una espera pasiva, salvo los últimos meses, cuando Horacio reveló el misterio, metió la última estocada, post mórtem, en las costillas de Héctor, y me contó la verdad, parte de la verdad, su verdad y me decidí a ir, a consultar, a buscar por mi parte, a hacerme el ADN, y esperar su resultado, con la ansiedad y la angustia, el querer y no querer, la necesidad de saber la verdad y el temor de cambiarlo todo, revelar una fotografía que podía no gustarme, poner de un solo golpe absolutamente todo en duda, patear el tablero de mi historia volteando al rey y a la dama, y a cada uno de los peones inocentes, a los blancos y a los negros, transcurrir una nueva edad del “¿por qué?”, porque todos los “por qué” serían desnaturalizados y ahora iba a tener que reeditarlos, renombrarlos, responderlos

otra vez; una era del ¿por qué? que en realidad sería del “¿Por qué, cómo, cuándo...?”, lo demás había sido pasividad, pero una pasividad por ignorancia, de alguna manera, y a pesar de todo, no podía dejar de sentir una especie de culpa ante aquella mujer ajada que lloraba una felicidad postergada, una felicidad que era de tres o de cuatro, o de miles, porque cada rostro estaba tocado por las mismas sensaciones, expresaban la misma alegría dolorosa y dejaban brotar un mar de lágrimas que justificaban la ausencia de las palabras que nadie hubiese atinado a decir, después de todo, esa mujer desconocida que tenía enfrente era la única persona real de mi vida, deshice los últimos meses de mi historia, imaginé que Horacio no hablaba, que Carla y Héctor seguían vivos, que esta mujer continuaba en su búsqueda, participando de otros encuentros, que yo seguía en la ignorancia de mi identidad suplantada, que agosto seguía siendo agosto y la albahaca se ponía mustia, sentí vértigo, pánico, esa mujer era mi vida, era la guardiana de mi pasado verdadero, ese que me habían privado de vivir, era quien iba a sostenerme erguida, estoica y potente, la que iba a llenar mi historia de recuerdos nuevos, de nostalgias verídicas, de anécdotas reales, de agostos diferentes.